

"No teneis remedio. Volveos y mirad hácia México, y vereis lo que
 "ha de venir sobre ella ántes de muchos dias. Luego se volvieron
 "á mirar hácia México, y lo vieron arder en vivas llamas así los
 "templos como las demas iglesias, y todos los colegios, y las casas
 "principales y de gente baja, y allí se les representó la guerra de la
 "destruccion de México. Como hubieron visto esto los nigrománti-
 "cos y encantadores, se les derritió el corazon como si fuera de ce-
 "ra y se les hizo un ñudo en la garganta que no podían hablar; y
 "habiendo pasado algun poco espacio, el principal dellos comenzó á
 "hablar diciendo: Nosotros no somos dignos de ver este prodigio:
 "más convenía que lo viera Mochtezuma, porque esto que se nos
 "ha parecido es el dios Tezcatlipuca; y luego se desapareció, y los
 "nigrománticos y encantadores no osaron ir más adelante, dejaron
 "de hacer á lo que iban, y volvieron luego á México." (1)

Sea que en realidad algun ébrio prorumpiera en aquellas desco-
 medidas palabras, ó más bien que fuera una invencion de los en-
 cantadores para disculpar la ineficacia de sus conjuros, lo cierto es
 que tornaron á México á dar cuenta de la malaventura. Oido por
 Motecuhzoma, se quedó cabizbajo, enmudeció, púsose á temblar;
 pasado el accidente dijo: "¿Pues qué hemos de hacer, pues que los
 "dioses y sus amigos nos desfavorecen y nuestros enemigos vienen
 "prósperos? Yo ya estoy determinado, y determinémonos todos de
 "poner el pecho á todo lo que se ofreciere, no nos habemos de escon-
 "der, ni habemos de huir, ni habemos de mostrar cobardía: no pen-
 "semos que la gloria mexicana ha de perecer aquí. Compadézcome
 "de los viejos y viejas, y de los niños y niñas que no tienen piés ni
 "manos para defenderse, que de los demas ya tenemos determinado
 "de morir por la defensa de nuestra patria." (2)

Casi tras los embajadores salieron los castellanos de Ayotzinco.
 Costeando las orillas del lago vieron dentro del agua á Mizquic; lugar
 á su cuenta de unos dos mil vecinos, pequeña y muy torreada ó lle-
 na de teocalli. Entraron luego por una calzada "tan ancha como
 una lanza jineta," la cual formaba como un dique entre los lagos de

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XIII.—Códice Ramirez. MS.—Torquemada, lib.
 IV, cap. XLIV.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XIII.

Chalco y de Xochimilco, la cual daba paso á la poblacion de Cui-
 tlahuac (hoy Tlahua.) La ciudad, asentada sobre el agua, les pare-
 ció la más hermosa de las hasta entónces vista, así por sus edifi-
 cios y templos, como por el orden y compostura; el señor del lugar
 dió abundantemente de comer á los blancos, los obsequió con los re-
 galos de costumbre, y áun les suplicó se quedasen ahí á dormir
 aquella noche; mas los nobles mexicana no consintieron esto último,
 pues ya estaba prevenido alojamiento en Itztapalapan, tres leguas
 adelante.

De Cuitlahuac salieron por otra calzada hasta tomar la tierra fir-
 me, siguieron por la orilla oriental del lago de Texcoco, hasta dar
 vista á la ciudad de Itztapalapan, situada entónces á la orilla del
 lago, mitad en la tierra, mitad en el agua, de doce á quince mil ve-
 cinos, con hermosos y buenos edificios labrados con gusto y simetría.

Al aproximarse los extranjeros salieron á su encuentro Cuitla-
 huac, señor del lugar con el señor de Coyohuacan tambien de la ca-
 sa real de México, seguidos de la nobleza y de la muchedumbre
 atónita; Cuitlahuac dió la bienvenida á Cortés de parte de Motecuh-
 zoma, le llevó á aposentar cómodamente con sus tropas, les acudió
 con abundantes mantenimientos, é hizo al general un regalo de es-
 clavas, plumajes, ropas y hasta cuatro mil pesos de oro. La ciudad
 llamó la atencion de Cortés; las casas nuevas del señor, entónces en
 construccion, le parecieron "como las mejores de España, digo de
 grandes y bien labradas;" respecto de otros edificios, describiendo lo
 "más notable dice: "Tiene en muchos cuartos altos y bajos jardines
 "muy frescos, de muchos árboles y flores olorosas: asimismo alber-
 "cas de agua dulce, muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo
 "fondo. Trine una muy grande huerta junto á la casa, y sobre ella
 "un mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la
 "huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y
 "las paredes de ella de gentil cantería: é alrededor de ella un an-
 "dén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él
 "cuatro personas paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos
 "que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del andén,
 "hácia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas ver-
 "gas, y detras de ellas todo de arboledas y yerbas olorosas; y dentro
 "del alberca hay mucho pescado, y muchas aves así como lavan-
 "cos, y cercetas, y otros géneros de aves de agua, y tantas, que mu-

"chas veces casi cubren el agua." (1) Bernal Díaz prodiga elogios á estas construcciones, de las cuales no queda el menor rastro.

Los conquistadores estaban á las puertas de México; Motecuhzoma no había sabido evitarlo. Los habitantes del valle salían en inmensas muchedumbres por los caminos á considerar extasiados á los barbudos teules, de quienes tanto miedo mostraba su despota señor, y de los cuales tantos prodigios contaba la fama, como de valientes é invencibles. Llamábales la atención el aspecto de los blancos, los vestidos, las armas, los tremendos rayos de su uso, los veloces y enigmáticos caballos, los terribles lebreles; todo ello era nuevo, nunca visto, sobrenatural, inclusive el diverso lenguaje, otras costumbres, el origen misterioso, la aparición de aquellos seres cual si hubieran sido arrojados por las ondas del ignoto océano. Los castellanos por su parte encontrábanlo también todo nuevo; las razas, los usos, la tierra, la vegetación, el cielo, el clima. Iban maravillados y no atreviéndose á dar crédito á sus propios sentidos, como si fuera un sueño agradable. Según sus recuerdos de los libros de caballería, se figuraban ser los paladines de los romances de Amadís de Gaula ó de Belianís, estar metidos en un país encantado, donde tenían que habérselas con malandrines y nigromantes, de quienes saldrían vencedores con ayuda de la voluntad de Dios y su cortadora espada. Verdad es que no pocos de aquellos terribles soldados habían sentido flaquear el corazón al verse metidos entre tantos pueblos; pero iban sostenidos por la inquebrantable fuerza de alma del general y proseguían adelante. La justicia nos hace preguntar con el cronista conquistador: "¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?" (2) Al ponerse en presencia, se asombraban una de otra las civilizaciones del Antiguo y Nuevo Mundo.

Amaneció el martes ocho de Noviembre, día memorable porque en él pusieron los castellanos por primera vez la planta en la ciu-

(1) Cartas de relac. pág. 77.—Bernal Díaz, cap. LXXXVII.—Gomara, Crón. cap. LXIV.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. IV. Torquemada, lib. IV, cap. XLV.—Iztapalapan, el Iztapalapa de Cortés, subsiste todavía; mas ya no á la orilla del lago, sino á seco, pues las aguas del lago se han recogido extraordinariamente: se verificaba el fenómeno desde los tiempos de Bernal Díaz, quien dice en el capítulo LXXXVII: "agora en esta sazón está todo seco y siembran donde solía ser laguna."—El Canaalcán de Cortés debe leerse Culhuacán.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

dad de México. (1) En la noche anterior todavía habían venido emisarios de Motecuhzoma á ponderar las dificultades de la entrada á la ciudad, lo cual oído por el capitán cempoaltecatl Teutl dijo á Cortés no ser verdad, pues él conocía la ciudad y se comprometía á llevarle con facilidad. (2) Aunque los blancos eran unos cuatrocientos, el ejército ascendía á unos siete mil hombres, contando los aliados. Quejáronse á Cortés los señores mexicanos de meter en Tenochtitlan aquellos encarnizados enemigos del imperio; respondióles el general no traerles en calidad de guerreros, sino como simples tameme destinados á conducir la artillería, bagajes y regalos. (3) Salieron de Iztapalapan en son de guerra, tocando los atambores, desplegadas las banderas; la caballería en la descubierta, los peones en capitánías de escopeteros y ballesteros á la vanguardia, el bagaje en el centro de la batalla con algunos aliados, y en la retaguardia el resto de la infantería de espada y rodela con los demás aliados. (4) Un indio iba delante pregonando en lengua nahoa, ninguno se atreviera á atravesar el camino, pena de ser muerto. (5)

A una media legua andada entraron por una calzada "tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella "ocho de caballo á la par," construída entre las aguas del lago, la cual fuera de una sola quiebra, se prolongaba en línea recta hasta México, por espacio de unas dos leguas. La calzada estaba llena de curiosos aunque dejando en medio franco, mientras á uno y otro lado se acercaban multitud de canoas llenas de gente, atraídos todos por espectáculo tan nunca visto. Dentro del lago se descubrían las tres ciudades, Mexicatzinco de tres mil vecinos, Huitzilopochco de seis mil y Coyohuacán de cinco, de linda vista, retratándose en el agua las limpias casas de los señores y las pirámides truncadas

(1) La fecha cristiana está señalada por Cortés, relaciones pág. 115; Bernal Díaz, cap. LXXXVIII, &c.—Según unos Anales tepaneca, MS., núm. 6 en la Colección del Sr. D. Fernando Ramírez: "La llegada del marques fué en el mes de los ancianos ó de los indios Quecholli, y en el de los cristianos, Noviembre, siendo Malintzin la intérprete."—Confirman lo mismo alguna otra de las relaciones antiguas.—A nuestra cuenta el martes ocho de Noviembre coincidió con el día ocho Ehecatl, segundo del mes décimo quinto Quecholli.

(2) Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

(3) P. Duran, cap. LXXIII. MS.

(4) P. Sahagún, lib. XII, cap. XV.

(5) Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

de los teocalli, encaladas de blanco hasta parecer de plata, heridas por los rayos del sol. (1) Antes de llegar al cuerpo de la ciudad, con esta calzada se juntaba la que arrancaba en Coyohuacan; en la union de ambas había un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos estados, con su pretil "almenado por toda la "cerca, que toma con ambas calzadas, y no tiene mas de dos puer- "tas; una por do entran y otra por do salen:" este fuerte era llama- do por los méxica, Xoloc. (2) En aquel lugar salieron hasta mil nobles y personas principales, con mantas muy galanas de distin- tos colores, los cuales al llegar daban uno por uno la bienvenida en su lengua, haciendo el acatamiento acostumbrado de inclinarse, tomar tierra con el dedo mayor de la mano derecha y llevarsele á la boca: duró aquella ceremonia más de una hora. (3)

Idos aquellos señores y prosiguiendo adelante los castellanos, en- contraron junto á la ciudad una cortadura, de diez pasos de ancho, destinada á dar paso á las aguas del uno al otro lado, con vigas fuertes y labradas encima, que de puente servían. (4) Pasada la puente comenzaba la calle en la ciudad, recta, ancha y hermosa, formada á ambos lados por grandes y hermosos edificios mezclados con los teocalli. Arrimados á las paredes, en orden procesional, ven- ñan hasta doscientos señores muy principales, con ricos y galanos trajes, si bien ellos descalzos por estar en presencia del emperador. Los seguía por medio de la calle Motecuhzoma, cargado en riquí- simas andas en hombros de sus nobles; cuando le pareció, apeóse de las andas; cuatro señores le cubrieron con un palio "muy riquí- "simo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labo- "res de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuis, "que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mi- "rar en ello." (5) Vestía lujosamente, llevando á los piés un calza-

(1) Cartas de Relac., pág. 78.—Cortés, quien mejor sabía conquistar las ciudades que escribir sus nombres, llama á Huitzilopochco (hoy Churubusco) Huichilohuchi- co; á Coyohuacan (hoy Coyoacan) Nyciaca, y á Mexicatziuco, Mesicalsingó.

(2) El fuerte de Xoloc estaba en donde hoy la garita de San Antonio Abad.

(3) Cartas de relac, pág. 78.—Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

(4) Esta cortadura estaba delante de la capilla de San Antonio Abad: en lo anti- guo el lugar se nombraba Xoloco. Segun Torquemada, lib. IV, cap. XLVI, "aquella "puente es ahora de piedra, y está cerca de las casas que labró Pedro de Alvarado, "que son las que llaman de Salcedo, junto á la ermita de San Anton."

(5) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

do con suelas de oro; precedíanle tres personas como heraldos, una en pos de otra, con una vara de oro á manera de cetro, levantada en señal de acercarse la majestad; sosteníanle para andar, por el bra- zo derecho Cacama, señor de Texcoco, por el izquierdo Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, sigiéndoles los señores de Tlacopan y Co- yohuacan; por delante, criados y pajes de dos en dos limpiaban el suelo de piedras y pajas y tendían mantas ricas al paso, pues el monarca desdeñaba tocar la tierra con los piés. Sólo los cuatro re- yes ó parientes que le llevaban de cerca le veían el rostro, todos los demas iban con la cabeza baja, con mucho acato y compostura.

Al descubrir D. Hernando al monarca, se apeó del caballo, y con la inseparable Marina al lado, se adelantó, quitóse la gorra y saludó á la usanza española; Motecuhzoma y los dos príncipes acompaña- tes se inclinaron reverentes hasta tocar la tierra con las manos. Por fin estaban en presencia el sacrificador y la víctima. Un mundo de pensamientos debieron cruzar por la mente de aquellos cuatro hom- bres, á quienes unido Cuauhtemoc observando algo distante, forma- ban el compendio del gran drama de la conquista; miradas de dis- tinto género debieron chocarse entre el altivo D. Hernando, el cui- tado Motecuhzoma, el débil Cacamatzin y Cuitlahuac el intrépido y enconado enemigo de los blancos. Cortés y Motecuhzoma se saluda- ron cortesmente, dándose mútuos parabienes por haberse encontra- do; la pretensiosa Marina tendió su mano derecha para saludar á su vez, mas el monarca la rechazó ofreciendo su mano á Cortés; éste se quitó entónces un collar que al intento traía prevenido, "de unas "piedras de vidrio que ya he dicho se llaman margajitas, (1) que "tienen dentro muchos colores é diversidad de labores, y venía ensar- "tado en unos cordones de oro con almizque porque diesen buen "olor, y se lo hechó al cuello al gran Montezuma; y cuando se lo "puso le iba á abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el "Montezuma detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase; por- "que lo tentan por menosprecio." (2) Terminados aquellos cumpli- dos, Cuitlahuac se quedó para acompañar á D. Hernando, mientras Motecuhzoma con Cacama dió la vuelta á volverse por donde había venido; los nobles del cortejo se acercaron entónces para hacer su

(1) Margaritas y diamantes de vidrio les llama Cortés.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.